

Méjico, 19 de Marzo de 1859.

Mi cara mitad: Aun no volvia del aturdimiento que me causaron los numerosísimos versos que escuché el otro dia, y aun no acababa de saborear la ambrosia de que se alimentan los hijos del Parnaso, cuando recibí una esquila de convite que me proporcionó uno de mis amigos, para que esa misma noche me presentara en casa del Sr. D. Cecilio Stromboni, donde habia un *soirée musical* en que iban á tomar parte muchos y muchas jóvenes *dilettanti* para matar un poco el fastidio. Yo, que no deseo otra cosa, sino el ir á todas partes donde considero que puedo recibir instruccion, lima y pulimento, para á mi turno comunicarte á tí esos *regueros de luz*, en el acto comencé á emperifollarme, sabiendo por propia experiencia cuánto vale el llevar la mejor ropita que

se posee, y de cuanta necesidad es presentarse como mediecito nuevo en las casas de tono de esta nobilísima ciudad. Así es que di lustre á mis zapatos hasta dejarlos tan relumbrosos como cara de coqueta: cepillé mi levita hasta que quedó como cabeza de sabio, esto es, sin pelo y sin mancha: alisé mi sombrero hasta dejarlo con una redondez y brillo como el de ciertos animalitos que chupan la sangre de las arcas públicas, y me calé unos guantes que me dejaban los dedos sin movimiento, pero demasiado prolongados, merced á las uñas exageradas que me han obligado á dejarme, como si fuera aprendiz de escribano.

Una vez acabado mi tocador aguardé á mi amigo que se fué apareciendo á las nueve de la noche, esto es, cuando ya cansado de esperarlo y temiendo se le hubiera olvidado pasar por mí, me disponia á abandonar mi aderezo y zambullirme en la cama sin ceremonia. Cuando le manifesté mi sorpresa por su dilacion se echo á reir de mi ignorancia y me esplicó que á esas reuniones nunca se iba temprano, tanto porque siempre empiezan tarde, cuanto porque seria de pésima elegancia el ser puntuales. Nos pusimos en marcha y llegamos á casa de D. Cecilio cuando estaban aplaudiendo furiosamente una aria que acababa de cantar una jovencita de treinta años, y que desde su mas tierna edad habia tenido una verdadera pasion á la filarmonia.

Apénas habia lugar para entre las cortinas de un balcon pudiéramos estar de pié; pues aunque éramos convidados con billete personal, ni la sala era capaz de contener sino á la cuarta parte de los que allí estábamos, ni habia sillas bastantes puesto que cada una de las señoras ocupaba tres, ni hubo una alma de camueso que nos ofreciera un lugar por mas pequeño que fuera. Necesario fué permanecer como las grullas, á ratos en un pié y á ratos en otro.

Lo primero que llamó mi atencion fué que, á escepcion

de mi compañero y mi individuo, todos los concurrentes eran cantantes ó tocantes, ó como ellos se decían, *dilet-tanti*, cuya significacion me ví en la necesidad de pedir á mi vecino. Este me vió de arriba á abajo, se detuvo un buen trecho en mi cara bonachona, y luego dió la vuelta sin decir *oste ni moste*, lo que me quitó la gana de volver á preguntar otra cosa.

Pasada la tempestad de aplausos y cuando la calma renacia un poco, el *maestro al cémbalo* ó como si dijéramos el pedagogo, dió la orden con su *batuta*, que viene á ser el baston de mando, y en el acto se empezó una brillante sinfonia que sirvió de preludeo al canto de una niña y un niño: este gritando gordo y aquella chillando delgado, dijeron un duo de cierto autor italiano cuyo nombre se me ha olvidado. Uno que se acercó á nosotros nos dijo que el *bazzo-soprano haria fiasco* si no era sostenido por los trinos de la *contralti* que sin duda servia y bastaba para *prima-donna*, en cualquier teatro de Europa. Oigan ustedes nos decia lleno de entusiasmo, que *tremolos* y que *cromáticos*! Dival Braval Bravísima! Al oír tales exclamaciones no pude ménos que acurrucarme en mi rincon y en volverme, como Vénus, en la nube de las cortinas, porque te confieso que tuve miedo de que aquella niña en su bravura embistiera á todos los presentes y lo pasáramos mal; pero mi amigo, mas conocedor del terreno me calmó y se tomó el trabajo de explicarme que aquello era un modo peculiar de los inteligentes para aplaudir á los que lo sabian hacer.

Por mi parte, confieso que aunque mi oído está bastante domesticado con los berridos del cantor de nuestra parroquia, lo sentia despedazado y punzado dolorosamente por las chillonas armonias de aquella *prima-donna* en proyecto. Por lo que mira al *bazzo-soprano* únicamente podré decirte que hubiera preferido oír dos bramidos de nuestro ternero, y que sin duda estos ha-

brian sido mas acordes que los del cantante en actual servicio.

De allí á un momento acabaron uno y otro su tarea, y entiendo que bien fatigados, porque las contorciones y manoteos que tuvieron que ejecutar, bien pudieran ser bastantes para dar con ellos en la cama de puro molidos: principalmente el varoncito, inclinaba el cuerpo, y cuando decia *il mio cor* se daba tales golpes de pecho, que ni en un acto de contricion á tiempo de un temblor de tierra, habrian sido mayores. Cantaba con la boca, con los ojos, con los brazos, con las piernas, con todo el cuerpo, y todo eso era aplaudido mas que el desestanco de tabaco por los cosecheros.

Los que eran espectadores comenzaron á hablar en el acto de la música, y te confieso que me quede en ayunas de mas de las siete octavas partes de lo que dijeron; porque es necesario ser muy perito para comprender ese dialecto propio de las personas filarmónicas. ¡Cómo diantres quieres tú que yo sepa italiano bárbaro que es el idioma comun de que se valen esos señores? Si muchas veces apenas me mal esplico en el idioma de mis padres, lo cual nos sucede á muchos, vaya vd. á echarse á aprender una lengua que no está escrita, y para la cual no hay diccionarios ni gramáticas.

Porque no te canses, hay italiano, es cierto, y buena prueba tenemos en los muchos fabricantes de muñecos de yeso que luego nos venden imitaciones de Cánova y de Miguel Angel; pero no es el idioma que hablan los cantantes, porque como solo han aprendido lo que dicen los papeles de música con una ú otra palabra cuyo sentido comprenden, forman un guso que bien pudiera rivalizar con la ponderada olla podrida.

Y luego, como todo lo quieren explicar con términos facultativos, y cada cual entiende á su manera, ni el mismo diablo puede darles alcance. Sin ir mas léjos en la casa donde estábamos, uno de los concurrentes

dijo que la *soirée musical* habia sido deliciosa, y al mismo instante le replicó otro, que no podia dispensarse de advertirlo, *sotto voce*, que aquello no habia sido *soirée* sino *concertino*, y de allí á un momento ya ninguno de los dos se podian entender, y cuando les llegó su ocasion de cantar ya no *estaban en voz*, y fue necesario quedarse sin disfrutar de la armonía de esos dos caballeros.

Un otro que estaba por allí no quiso que nos contentáramos con un solo concierto, sino que cuantas veces se tocaba ó se cantaba, él tenia la complacencia de darnos gratis una segunda edicion de la fiesta, repitiendo ó acompañando la *vocalizacion* y llevando el compas con el tacón de su bota y la punta de su bastón; y para que nada nos quedara por desear nos traducía, con la misma exactitud de un *libretto* la letra de las *cavatinas*, *romanzas*, *duettos* ó *arias* que se *ejecutaban*.

No hay duda, hija mia: el talento músico está aquí desarrollado tan prodigiosamente que hay pocos muy pocos sin exajeracion, que no te repitan toda una ópera con la mayor facilidad; y eso lo he notado no ahora, sino desde que tuve días atrás la feliz inspiracion de colarme al gran teatro nacional para oír á la Volpini, á la Tomassi y Ottaviani. Estos pobres artistas han echado un viaje enteramente inútil, porque cuando ellos estaban afanados en su canto y poniendo sus cinco sentidos en el apuntador y en la orquesta, en el patio habia á docenas que cantaban tan alto como aquellos, y quizá mucho mejor; á lo menos así debe creerse, puesto que tanto empeño tienen en lucir y ser escuchados.

En casi todas las casas hay piano, y aunque cada mes neseita curacion, y amputaciones y suplementos de miembros, sirve no obstante para que las niñas y los niños hagan mas ejercicios que los padres de la casa Profesa, y en eso de hacer saltar las cuerdas salen diestrisimos. Pero cuando una *señorita* ha logrado destrozar una obertura, oh! entónces ya se la proclama una

artista y se sube por las nubes su *ejecucion*, su *espresion* su *sentimentalismo*: entónces vienen tentaciones de creer uno en lo que cuentan de un señor Don Orfeo que en días pasados enternecia á los brutos con su *guitarra*, pues to que aquí una filarmónica vé á su alrededor asnos, pollos, leonas, chupamirtos, y toda clase de bestezuelas, desde el viejo mas raquítico y enfermizo que apenas puede sostener su armazon hasta el almidonado estudiante que de admirador del arte, se convierte en apasionado de la artista.

Ahora, todos estos genios músicos se prueban recíprocamente y por espíritu de corporacion, el alto concepto en que se tienen, salvo sin embargo cuando son dos muchachas que estan cameladas por un mismo individuo, y se llaman los unos á los otros Rossini, Bellini, Meyerbeer, Mozart, ó cuando ménos sus imitadores y las mas veces se hacen presentes de poca sustancia pero de mucho aparato porque tal día cantó con la mayor tenura *O bel' alma innamorata*, haciendo llorar al auditorio, aunque todavia no está bien averiguado si las lágrimas fueron de sentimiento ó de desesperacion. En cambio de esos mútuos agasajos que se hacen los apasionados de la música, reparten á todos los profanos y muy principalmente á los de la vecindad el mas horrible fastidio, el tormento más cruel que una criatura puede sufrir. Por que en sus horas de estudio ó de ejercicio bien puede un infeliz matarse pero no conseguirá conciliar el sueño así tenga grave necesidad de restaurar la desvelada que tuvo la noche anterior ocasionada por un cólico. En ese momento no podrá un pobre chico dormir, ni un enfermo descansar, ni una gente nerviosa dejar de padecer.

Entregadas á la dulce ocupacion de pulsar el teclado de su piano ó haciendo ejercicio de vocalizaciones, turban el reposo del infeliz autor que vive de los productos de su pluma, sin que maldita la inspiracion que no se espante con aquel estruendo musical que repite el do, re,

mi, fa, sol, hasta aturdir una estatua de bronce. Soba por método, y no es estraño que metódicamente muela al prójimo quien posee los métodos de Albeniz Lemoiné, Hüten y cuantos mas se han escrito para acabar con la paciencia de un cristiano. Y si cansada de tantos bemoles y sostenidos, te tomas un día el trabajo de suplirle á uno de estos perseguidores de todo el género humano que modere su entusiasmo mientras acaba de agornizar un enfermo que tienes, te contestará que está en su derecho y no puede preecindir de hacer lo que guste en su casa, y tendrás que conformarte con semejante respuesta, y esperar á que se dé una ley represiva de pianos, así como la hay de la prensa, que si esta ofende á alguno, aquellos ofenden á todos; ó que compadecido el gefe del exercito de los padecimientos de tantos desdichados, disponga que todos los ejercicios, incluso los de música, se verifiquen fuera de poblado.

Una vecindad de esa naturaleza, ya comprenderás cuán funesta debe ser á toda alma viviente, mucho mas si como de ordinario allí tienen lugar las tertulias de los *dilettanti*, y en cuyas reuniones no pocas veces se improvisa un baile casero, ó se verifican las *soirées musicales*, que de una ú otra manera siempre se congregarán una docena de primos, cuatro cuñadas, ocho tias y doscientos músicos; y semejante batahola, y tamaña confusion de gritos y de aplausos arrancandos por una granizada de *arpeggios* y otra de *octavas cromáticas*, y la charla y el ruido que ocasionan las redowas y las varsovianas, los coros y las plegarias, son únicamente comparables, en lo pernicioso de su vecindad, á la república vecina que tanto nos amaga desalojar de donde vivimos.

Y esto no tiene remedio porque el furor por la música se estiende como manteca en el sol, y va cundiendo en esto que se llama alta sociedad, como el pecado primitivo de padres á hijos, y ya hoy todo se dice cantando, y

ni en la calle se libra uno de encontrar á una que talarrea con maldita de Dios la gracia una aria de Attila, un final de Hernani, un coro de los Puritanos, ó la plegaria de Traviata que está en moda tanto como las crinolinas y los tacones. Ni creas que solo esa manía se estiende á los hijos de Adán, que echando á la espalda la vergüenza atraviesan las calles, el portal y la plaza cantando como unas urracas y echando compases como bendiciones episcopales: tambien las hijas de Eva han empezado á lucir su genio musical en las calles, quizá por no serles bastante el atarantar á la vecindad con su gorgoros.

Si estás hablando con ellos ó con ellas, ademas de aturdirte con los términos mas filarmónicos que poseen en abundancia y de citar á todas las notabilidades del ramo, cuando ménos lo esperas te están platicando en clave de *fa*, y pasan á la de *sol* y te dejan pasmada con un *calderon*, y si te distraes tantito te regalan un *da capo* que te hace hostezar, eso sin contar con los versos italianos que te espetan, y sin hacer mencion de que convierten tu espalda y tus piernas en un teclado que recorren con la mayor rapidez y desembarazo, porque para tales gentes es *dolce* darte á conocer que son *capaces di trovare e di cantare un allegro* que al llegar al fin *va decrescendo con espressione* y con *mestizia*, prueba incontestable de que son unos músicos acabados.

Por hablarte de estos personajes, me habia olvidado del concierto de Stromboni. En él no hubo cosa mas notable sino que despues de haber reventado las cuatro cuerdas de un violin, rompido seis llaves de una flauta y saltado diez y siete cuerdas del piano, todos los y las que cantaron estaban tan roncos como un cuerno de caza, y fué necesario que uno de los doctores de Paris propinara lamedores y pastillas para corregir el mal. Mucho gritaron; pero tambien, mucho fueron aplaudidos, porque no tanto se estimaban las modulaciones de la

garganta cuanto los inauditos esfuerzos de los pulmones; de donde colegí que el frutero que mas grita sus mercancías es el mas bien organizado para arrancar aplausos en el canto, y el que dá mas recio sobre el instrumento es el mas á propósito para la música.

A dios, Bibiana. Pídele al cielo que tus pulmones se robustezcan aun mas de lo que estan, y que los porrazos que das con tus pesadas manos sean mas contundentes de lo que ahora son: quien sabe si estás llamada á ser un dia la admiracion de la corte por tus gritos desahorados y tu fuerte manoteo sobre las teclas de un piano. Esas son cosas que nadie puede saber por ahora, porque el tiempo de los profetas se acabó; pero atendida la *escala y estension de tu voz* y lo recio de tus puños mucho espero de tí. Ya verémos.—*Tu Caralampio.*

*México 22 de Marzo de 1859.*

Mi cara y muy cara muger: Si buenos milagros hice, buenos dineros me cuesta. Si mucho has sacudido tu batueca ignorancia, buenos trabajos y fatigas me ha echado áuestas para poder pulir tu cacúmen, y ponerte al tanto de los usos y costumbres de la corte. Nunca presumí querida que mi deseo de domesticarte fuera tan eficaz para abrirte el apetito, como lo ha hecho, de saber hasta sus mas pequeños ápices todo lo que pertenece, toca y atañe á la cultura y civilizacion de este país. Pero como ya te consideras *in via* de ser tambien leona, hace empeñado la negra honrilla en que no seas ménos que las demas; hases bien, hija mia: vale que no es señor el que nace, sino el que lo sabe ser; y yo espe-

ro que con tu instinto mugeril, magüer que labriego, pronto podrás competir con las encumbradas señoras, á lo ménos en maneras, ya que no sea posible en lujo, por lo que no basten los fondos que tu sabes para seguir paso á paso la corriente demasiado rápida de la moda.

Pero no importa: mis cálculos financieros son bastante aproximados, y ellos me dicen que con cuatro ó cinco mil duros al año pasaremos una vida medianamente *fashionable*. Ola! te parece mucho? Pues sábetete que apénas tendremos con esa suma una casa que no será por cierto de la primera clase. Convengo en que nos arruinaremos; pero tambien será preciso que convengas en que eso es de un tono eminentemente civilizado. Vivir en Méjico y gastar lo que se tiene! Eso lo hace cualquier batueco en cuyo magin no ha tenido entrada, no digo el torrente pero ni siquiera un hilo de civilizacion. Gastar mas de lo que se tiene, es en lo que consiste el gran secreto de llegar al pináculo de la gloria, al templo de la inmortalidad por el camino de la elegancia.

Yo he nacido sin contradiccion para vivir en la corte, y cuento como perdidos los años que he vegetado en aquellos remotos paises. Porque aquella vida que por allá llevamos, ahora conozco que es soberanamente salvaje. ¿Dónde ha de guardar comparacion el levantarse con la luz del dia, correr á la primera misa, volver á desayunarse á paso veloz, irse luego á sudar la gota gorda por aquella maldicion que nos dejó en herencia el tatarabuelo Adán, la cual, sea dicho de paso, habria yo aceptado con beneficio de inventarios, hablo de la condicion de comer el pan á costa de escarbar la tierra; ¡qué comparacion guarda, digo, con la vida descansada que se disfruta en la corte! Aquí, si á la media noche sonaran las diez de la mañana, á esa hora se levantarían todos ó los mas; aquí solo se va á misa los domingos y otros dias de fiesta: aquí solo van al trabajo los imbéciles que no tienen otros recursos, y aun

esos llegan á la oficina, y fuman ántes un habano de mejor sabor, platican un poco, echan su retazo de crónica, y se marchan á almorzar. Algunas veces vuelven, principalmente si hay prorateos ó cosa parecida, y sin mas requisito se van á descansar de las penosísimas tareas que les impone su empleo. Si no son hombres de oficina, luego que el chocolate ha sido inhumado en sus benditos vientres, van á recojer y á dar noticias al atrio de Catedral, que es la puerta del sol de Madrid, ó lo que es lo mismo, la redaccion de una gaceta permanente, de donde salen todas las consejas políticas del dia. Pasan allí lo que falta de mañana: se van á restaurar sus agotadas fuerzas con succulentas viandas, duermen una siesta de tres horas, dan su vuelta en el paseo, tienen su rato de tertulia y duermen como unos abades, sin que los inquiete otra cosa. *¡Oh, terque, quaterque beati!* Bienaventurados ellos porque ni padecen hambre ni sufren sed; pues su boca les ha sido medida, y viven con mas holgura que un reverendo jubilado. No tiene duda: Méjico, esta hermosa perla de la América es el *Auxilium christianorum*, y casi, casi aun de los paganos.

Considera pues si para llevar esa vida sibarita he andado muy amplio al calcular que con los consabidos cuatro ó cinco mil, estaríamos tal cual! Porque debemos de luego á luego buscar una casa en lo mas aristocrático de la ciudad; la renta que paguemos, miéntras mas crecida mejor. Debemos en seguida hacer que Croissé nos la amueble y tapice á la última moda; y con tal que él diga que las sillas y confidentes son acabaditos de llegar, nada importa que los hayan sacado de la recientemente estinguida casa de M.\*; y de ese modo no miente, porque en efecto acaban de llegar á su almacen. Debemos tener un criado que diga que no estamos vistiéndoles, el dia que queremos ser groseros y no recibir á nuestros amigos: otro para que anuncie con todos sus nombres, títulos y condecoraciones á los que nos visitan el dia que

tengamos la condescendencia de dejarnos ver: otro para que no haga nada: otro para que ayude al anterior, y otros dos ó tres para lo que se ofrezca, que vienen á ser como los diputados suplentes de los diputados que no asisten al congreso. En cuanto á criadas, hay necesidad de tener muchas y bonitas: esta segunda circunstancia para que no causen desagrado á nuestras visitas cotidianas. Despues de eso necesitamos vestidos propios para levantarnos, otros exclusivamente para la mañana, otros para comer, otros para ir al teatro y otros para dormir. Nuestra mesa debe ser ademas, de esquisita, abundante: porque aunque somos tú y yo solos, puede haber ocho ó diez convidados, y no seria justo que se quedaran tocando tabletas. La comida se ha de traer de la mejor fonda, porque el olor de la manteca y de la cebolla causaria náuseas á nuestros tertulianos. Y las criadas ¿para qué sirven entónces? te dirás para tus adentros ó afueras.—Las criadas nija mia, sirven para aumentar nuestro lujo, para predicar nuestro tono, y acaso, acaso para que una nos lleve un vaso de agua, otra una lumbré, otra un pañuelo.

Para ponerte á nivel de las reinas de la elegancia, debes procurar entre otras muchas cosas el tener un perrito que no haga mas bulto que tu pañuelo de seda, y aun cuando para nada te vuelves á acordar de tu Caralampio ó de tus hijos, si por desgracia los tienes á tu lado, porque siempre deben ser pupilos ó ir á educarse á Francia; aun cuando ni á ellos ni á mí nos hagas una sola caricia, si debes prodigárselas, muy frecuentes. muy tiernas, muy cordiales, á tu hermoso Jazmin, ó Black, ú Oswaldó, y lo has de traer contigo aun mas asiduamente que tu libro de devociones. Debes frecuentar la escuela de esgrima: tirar con desenfado la pistola hasta escribir tu nombre en la placa: montar á caballo como húzar, y si es preciso, jugar al villar como un *estudiante salante*. En cuanto á las labores femeninas lo mas

que te permitirás hacer es llevar en el bolsillo una elegante aguja de gancho, porque esa es la *ociosidad del buen tono*, y el entretenimiento de una completa dama de la corte.

De vez en cuando debemos dar un haile con su correspondiente *ambigú*, el cual todos criticarán pero enguyéndoselo sin piedad. Debemos en ciertas temporadas ir á pasar la estacion á Tacubaya ó Mixcoac, porque está probado científicamente que ese temperamento es benigno para la aristocracia, y allí hay que pasar el tiempo en dias de campo y paseos que sirven admirablemente para recobrar un apetito que no hemos perdido.

Como puede suceder que cuando volvamos del campo ya nuestros muebles no sean de la moda reinante, es preciso llamar al tapicero y pedirle un renuevo dándole los nuestros y la indemnizacion correspondiente. Aquí, en este caso, acontecen dos cosas que debes notar cuidadosamente: sea la primera que los sofás, sillas y demas cachivaches que recibimos, son los que han estado sirviendo bajo diferentes formas hace veinte años en diversas casas y bajo distintos dueños: solo han cambiado de figura y de color á guisa de políticos equilibristas: sea la segunda, que la indemnizacion que damos al tapicero, es el valor ó cuasi de los muebles que recibimos, y en eso nos parecemos á los economistas, que adoptamos teorías que nos arruinan por su gravámen.

Otra de las grandes exigencias del gran tono es abonarse en uno ó dos teatros, y tener allí un palco que las mas veces no se ocupa, y que sirve sin embargo para mantener en toda su fuerza el justamente adquirido renombre de elegante: los periódicos todos, aun cuando no se lean deben de ir á la casa, muy principalmente los que vengan del extranjero, porque la admiracion por todo lo de *ultramar* debe ser como el sello misterioso que

el angel del Apocalípsi puso en la frente de los elegidos; y mientras mas se ensalze lo de Inglaterra y Francia, y sobre todo lo de la culta, la civilizada Francia, y es deprimida y despreciada lo del país, mejor; el gusto esqui-isto, el fino tacto, el conocimiento perfecto de lo bueno y excelente es mas pronunciado, mas incontestable.

Si debemos seguir las faces de la moda en cuanto á los adornos de la casa ¿qué será en cuanto á los atavios den uestras personas? Y esto es consiguiente, porque seria un verdadero fenómeno de anacronismo que se reflejaran en los magníficos espejos de nuestra habitacion la figura de unos seres vestidos á la moda de hace un mes: que nuestros zapatos de punta trozada se hundieran entre la belluda alfombra, cuando esta reclama imperiosamente ser estrujada por zapatos rusos; que estan en boga. No señor: para eso debo yo tener mi zapatero de nombre, y tú una modista de fama, para que seamos los primeros en gastar las fresquesitas modas de Paris; y las llamo fresquesitas, porque todavía llegan aquí chorreando la agua del mar; no porque seamos tan felices que de allá nos envíen lo que actualmente se usa; pues bastante hacen con darnos por nuestro dinero lo que sobró el año pasado.

Ya parece que te veo hacer una mueca de desagrado, creyendo que vas á tener mucho que coser; pero consuélate, hija mia; porque seria de pésimo tono que tú te ocuparas en tan inciviles tareas. Para eso tienes ahí á la bien acreditada Cecilia, á la no ménos famosa Celina, que mediante algunos centenares de monedas te quitarán hasta el trabajo de poner un boton á la camisa de tu querido consorte. — ¡Pero y el lavado! — *Vade retro*: tú, una dama elegante y de buen tono, ocuparte en eso? jamas. Todo el mundo alzaria el grito contra ese crimen de lesa-elegancia. A dónde iríamos á parar? De qué servirían entónces esas grandes lavanderias francesas que ya con agua, ya con vapor te dejan la ropa en un

santiamen como una bola de nieve. Vaya! si en esta tierra de promision; tienes un deseo, cualquiera que sea, una necesidad del tamaño que quieras, abres la boca, y tus necesidades y tus deseos quedan en el acto satisfechos, *propter retributionem* se entiende; pero quién se para en pelillos?

Sin entrar en los gastos superiores, como de una elegante y bien acabada calesa, unos caballos rivales del de la estatua de Carlos IV y otras cosas así, que serian de mucho lujo, y reduciéndonos á esa pequeña esfera, ya considerarás que apenas nos bastarian las cinco taleguillas de que te hablé. Pero no te he mencionado mas que lo *indispensable*, no he llegado todavía á lo superfluo.

Luego, en Méjico todos son capitalistas: luego allí han encontrado la maravillosa lámpara de Aladino, todos los bienaventurados mortales que viven en esa mágica ciudad. — Tienes, muger unas cosas que revelan desde á una legua tus batuecas entendederas. No señora, no todos son ricos pero todos quieren parecerlo: no todos tienen para esos gastos; pero el hecho es que los hacen; y contra hechos no hay argumentos. El empleado que gana quinientos pesos al año gasta mil, y el que gana mil gasta el doble, y no porque tengan sobre sueldos, porque casi siempre están á racion de hambre, á media paga; pero la civilizacion exige que deban mucho, que gasten mas, y que luzcan lo mejor. El buen tono pide que en lugar de una cosa *necesaria* se compre una que no lo es tanto, pero que es de moda. Cuando ya nadie quiere fiar; cuando el crédito ha fallecido, se le van á hacer los funerales á un barrio oscuro é ignorado donde no se vuelve á hablar de la pasada gloria que se ha desvanecido como el humo de la estopa.

Allí, en medio de otro mundo se sigue desempeñando un papel tambien brillante relativamente, y se deslumbra á los vecinos con los restos de una pasada grandeza,



que pudieron salvarse de un naufragio en el montepio; y aunque mas en pequeño, siempre se sigue siendo persona de buen tono. Ahora, los que tienen inteligencia y buen tino para aprovechar algunos negocitos que se presentan, sacan una utilidad considerable que viene á dilatar su caída por unos tres ó cuatro años. Entónces el brillo de esos planetas es mas vivo, y aunque su ocaso sea objeto de mayor sensacion, siempre se olvida á poco tiempo; porque este es otro de los privilegios de esta tierra clásica, no insistir sobre una misma cosa. Si desaparece una familia consumida por el lujo, otra vendrá á sustituirla y llenará el vacío que aquella dejó: sus amigos echarán de ménos por dos dias todos los goces que su vanidad les proporcionaba; pero al volver una esquina ya estarán consolados, y aun irán á una casa donde se veía con cierta envidia el brillante esplendor de los difuntos, y allí entonarán sus horas fúnebres, encontrando mil razones plausibles para una caída que ellos auxiliaron; y bien librados saldrán los pobres emigrados, si solamente les llaman imbéciles por haberse echado á vogar en un oceano tan tempestuoso sin las velas suficientes y sin el timon bien acondicionado.

Ya ves cuanto hemos progresado. Por allá arreglamos nuestros gastos á nuestros haberes; pero aquí hay mucho en que gastar fortunas colosales. ¿De parte de quién está la ventaja? Claro que de parte de la civilizacion; y buen tonto seria el que pudiendo venir á disfrutar tanta comodidad, tanta bienaventuranza, tuviera el mal gusto de enterrarse en vida en aquellos yermos, donde todavia de aquí á cincuenta años estarán tan batuecos como al presente. No, mi Bibiana; no retardemos nuestra felicidad: ve tratando de arreglar tu cofre, y pon en órden todas aquellas cosas que sean necesarias para el viaje. No vayas á cargar con una porcion de cosas que solo son propias de aquellos lugares; aquí todo se comprará exquisito, de gusto, todo de *estranjis*

aunque maldito si es tan útil y consistente como lo que por allá gastamos; pero por eso mismo es de mas mérito. No te duermas, pichona: aprovecha el tiempo, que yo á mi vez seguiré no perdiéndole para adquirir y comunicarte nuevas luces que alumbren tu, hasta ahora, obtuso entendimiento.— *Caralampio.*